

Armando Bazán

## Perfil y muerte de Azaña



MANUEL Azaña muere en la desgracia, perseguido hasta en el mismo refugio del destierro después de haber sido durante ocho años la gran revelación y la figura más brillante de la Segunda República española; de esta república, nacida como la primera bajo los signos de la tragedia a corto plazo.

Otras figuras, también de primer plano, como las de Alcalá Zamora, Largo Caballero, Prieto, Besteiro, habían actuado ya en la vida pública española: el primero, como ministro de Alfonso XIII; el segundo, colaborando con Primo de Rivera, a la cabeza de la Unión General de Trabajadores, la organización sindical más poderosa de España; Besteiro y Prieto habían dirigido a su vez huelgas famosas y eran líderes obreros de prestigio nacional. Azaña, en cambio, había sido hasta antes del año 1930 obscuro funcionario de Ministerio que traducía de vez en cuando libros de Beltrand Rusell, escribía ensayos medulares sólo para lectores escogidos y hacía sus primeros ejercicios lite-

rarios y políticos en el ambiente restringido del Ateneo de Madrid.

Pero este Ateneo de Madrid, institución cultural y privada, venía siendo desde hacía muchos años la sementera de donde salían, casi sin excepción, los mejores políticos y artistas españoles. Allí en las aulas vetustas y sombrías de ese ateneo que tenía la mejor biblioteca de España, solía verse a Azaña departiendo gozosamente con el «insigne D. Ramón de las barbas de chivo», o con el genial autor de la «Agonía del Cristianismo», el gallego y el vasco más castizos de estos últimos tiempos.

El que debía ser presidente de la República Española era seguramente un escritor notable, pero que no llegaba, ni llegaría nunca a la altura de los maestros cuyas tertulias frecuentaba; en cambio, comenzó a probar allí en las aulas de ese mismo Ateneo sus excepcionales condiciones de orador y de político, cuando en cierta ocasión logró hacerse elegir presidente de dicha institución, venciendo en gran estilo a un contendor de tan alta talla y prestigio como don José Ortega y Gasset. Sin embargo, nadie habría podido predecirle su destino de estrella rutilante, que le hace comparable en cierta manera a Emilio Castelar, la figura cumbre de la Primera República Española.

En las vísperas del derrocamiento de Alfonso XIII, Azaña era un intelectual maduro que había hecho su cultura en las fuentes filosóficas del liberalismo internacional, del francés principalmente, y que había to-

mado franca y decididamente el camino de la política. Los observadores atentos pudieron verle, por eso, en íntimo contacto con Alcalá Zamora, que procediendo de las filas monarquistas había evolucionado, lo mismo que Lerroux, Prieto y Largo Caballero, viniendo de un anarquismo más o menos virulento o difuso, a los planos de la democracia republicana más o menos como la habían concebido los enciclopedistas franceses y la había plasmado la revolución de Dantón y Robespierre.

Y así, cuando las elecciones municipales del año 1931 dieron mayoría abrumadora a los partidos republicanos y, con la abdicación del Rey, se llevó a cabo pacíficamente el primer acto de la revolución española, el nombre de Azaña se encontraba figurando en la lista de las personalidades que debían integrar el primer Consejo de Gobierno de la Segunda República.

Desde ese instante, la estrella de Azaña, saliendo como quien dice de la sombra, no hizo más que encenderse cada vez con mayor intensidad opacando la luz antigua de sus colegas. De su cargo de ministro pasó, meses después, a ocupar la Presidencia del Consejo. Y en ese cargo fué en realidad el árbitro de la política española durante tres años. El triunfo de las derechas dirigidas por Gil Robles, triunfo determinado por la obtención de los electores anarquistas y comunistas, dió la impresión de que habían terminado para siempre la autoridad y el prestigio de los jefes republicanos de izquierda—Lerroux se había desplaza-

do hacia las derechas y actuaba visiblemente al lado de Gil Robles —. Azaña y Largo Caballero fueron entonces perseguidos y encarcelados junto con algunos miles de republicanos que no pudieron escapar, como lo había hecho Prieto, por ejemplo, al extranjero.

Cuando los tribunales devolvieron la libertad a Azaña primero y a Largo Caballero varios meses después, y cuando el gobierno de Lerroux presentaba el más lastimoso espectáculo de corrupción moral, el ambiente político comenzó a caldearse de nuevo en forma impresionante y anunciadora de días terribles. Las elecciones del año 1936, dieron efectivamente de nuevo el triunfo a las izquierdas unidas en el Frente Popular, y Azaña volvió a ser el árbitro de la política española, primero como presidente del Consejo y después como presidente de la República, hasta el cabo de tres años de guerra española, las fuerzas de Franco llegaron a derrotarlo y hundirlo en la desgracia que acaba de terminar con su muerte en el destierro.

\* \* \*

Los éxitos fulminantes de Azaña en su carrera política se deben, sin duda, a su mentalidad poderosa y nueva, a su extraordinaria capacidad de trabajo, a su fervor republicano que le identificaba a la inmensa mayoría de su pueblo y, sobre todo, a sus excepcionales condiciones de orador.

En Alcalá Zamora subsistían rezagos de la España

medieval; su estilo político seguía las normas de la vieja escuela, su catolicismo cerrado le quitaba libertad de movimientos en una república que venía con los signos de anticlericalismo exacerbado; Lerroux probó desde el principio de su gestión gubernativa que se encontraba en plena decadencia mental; Prieto era un luchador probado, un político de instinto y un orador notable, pero carecía de una cultura seria; el caso era parecido y agravado en este último aspecto al tratarse de Largo Caballero, inmejorable organizador sindical, pero persona casi iletrada y mediocrísimo orador; en cambio Azaña tenía una cultura tan bien hecha y más moderna que la de Alcalá Zamora; una cultura de capitalista moderno, enteramente limpia de rezagos feudales; tenía un instinto político más ágil y agudo que el de Prieto y una capacidad organizadora, como lo probó en el Ministerio de Guerra, por lo menos tan consistente como la de Largo Caballero.

Y como orador resultaba, por su dicción impecable, por la riqueza de su vocabulario, por la facilidad y elegancia de su frase, que parecía tallada después de larga meditación, por la altura de su vuelo y por su resistencia que le hacía estarse en la tribuna, con el mismo empuje del momento inicial, durante cuatro horas, como fué el caso del campo de Comillas, no sólo superiorísimo a sus colegas españoles, sino enteramente digno de figurar al lado de los mejores oradores contemporáneos del mundo.

Su cultura era, ciertamente, más moderna que la de

Alcalá Zamora; una cultura iluminada por los más recientes adelantos científicos; el hecho de que tradujera a Bertrand Russell más por afición que por oficio, da una idea elocuente a este respecto. Por eso, su pensamiento fundamental consistía en desanalfabetizar y laicizar España (1); después, llevar a cabo la reforma agraria, crear una pequeña burguesía campesina e industrializar las regiones más atrasadas de España; quería, en una palabra, levantar a su país hasta el mismo nivel técnico al que las diferentes revoluciones democrático-burguesas habían llevado a otros países de primera categoría mundial como Francia, Inglaterra, Estados Unidos, por ejemplo.

Su ideología no fué, ni al comienzo ni al final de su gestión gubernativa, ni una línea más allá del liberalismo. Estaba tan lejos de la revolución rusa como de la revolución italiana. Lenin y Mussolini eran para él, por eso, igualmente antitéticos. Por eso es que nadie fué como él, tanto en la teoría como en la práctica, más hábil enemigo de comunistas, fascistas o anarquistas; lo dice quien está, como pocas personas, en condiciones de probarlo recurriendo a su propia experiencia. Los órganos represivos del Estado español fueron menos rigurosos para con los extremistas durante los posteriores días del régimen monárquico, que cuando Azaña se encontró en la presidencia del Consejo de Mi-

---

(1) El porcentaje de analfabetos en el país de Cervantes era, en el momento de la caída de Alfonso XIII, del 35 al 40% de la población: cifra sólo comparable a los países más atrasados de Europa.



nistros el año 1932; es decir, cuando el comunismo y el anarquismo, cada uno por su lado y a su manera, lanzaban las consignas de la insurrección armada. Las personas un poco enteradas de la política española de aquel entonces saben que cuando gobernaba Azaña tuvo lugar la célebre tragedia de Casas Viejas, en la que perecieron en forma espeluznante una media docena de campesinos y campesinas andaluces que se habían declarado en franca insurrección, y que las cárceles republicanas tenían siempre alojadas en sus celdas a buen número de alucinados por la mística de Bakunin o de Lenin.

Azaña fué, pues, en todo momento acérrimo enemigo de comunistas y anarquistas; y si es que en un momento dado se le vió actuar junto a ellos fué porque, en la misma forma que Alcalá Zamora, creyó exageradamente en los poderes del talento personal y de la diplomacia; porque no perdió nunca la esperanza de controlar y encauzar el movimiento popular en las normas democráticas. Y en este terreno anduvo, ciertamente, muy lejos de la verdad.

Con un poco de comprensión, de generosidad y de colaboración honrada de las derechas, Azaña habría podido llevar, pues, a su país por las vías de la evolución y del progreso capitalistas, controlando eficazmente a los extremistas de izquierda; pero las fuerzas de la Iglesia, lo mismo que los grandes latifundistas de España, lesionados en sus intereses económicos y ofuscados por el odio de clase, le hicieron en todo

momento una guerra sin cuartel, favoreciendo o provocando así la germinación violenta e incontenible de los fermentos revolucionarios hasta llegar a la culminación sangrienta de la guerra española.

Esa guerra dió por resultado en el primer instante, la implantación de la dictadura proletaria en las regiones españolas, donde fueron vencidas y aplastadas las fuerzas de Franco; y en esa dictadura que trataba de organizarse, la figura de Azaña pasó de golpe a la sombra, y hasta hubo necesidad de que algunos jefes revolucionarios, amigos personales suyos montaran guardia alrededor de su persona para impedir que las masas desbocadas le cobraran cuentas frescas y pendientes. Y si es que posteriormente volvió a recobrar, en cierta forma, su autoridad fué porque la ayuda italo-alemana a Franco y la abstención de Francia e Inglaterra, frenaron inmediatamente el movimiento revolucionario y lo hicieron retroceder casi hasta sus mismos cauces democráticos y republicanos.

La mano diestra de Azaña, eficazmente auxiliada por algunos jefes, socialistas principalmente, no fué extraña a ese movimiento de retroceso del oleaje revolucionario; pero las ventajas de su éxito no duraron ciertamente mucho tiempo y pronto se vió lanzado por la fatalidad de los hechos históricos, lo mismo que su predecesor Alcalá Zamora, a la impotencia y a la desgracia definitivas.